

Necrológica de Joaquín Benito de Lucas

Con la muerte de Joaquín Benito de Lucas (Talavera, 1934- Madrid, 2021), se nos va un poeta de referencia, a media camino entre la generaciones del 50 y el 60, y un talaverano de corazón. Para quien escribe estas líneas, también un gran amigo. Lo conocí hace bastantes años, en 1984, en el Ateneo de Madrid, con motivo de la presentación de una antología suya (titulada así precisamente, *Antología poética*, que prologaba José Hierro). Más tarde coincidimos en un premio de poesía, que organizaba en Castillo de Bayuela Ángel Deza Agüero, también buen amigo, también poeta y también ausente hoy. Recuerdo que me habló de los premios de poesía de Talavera y me propuso formar parte como secretario de la Colección Melibea, que él dirigía. Eso me dio la ocasión de conocer un poco más a la persona y tuve la suerte de encontrarme al amigo de sonrisa jovial y puro encendido siempre en la mano que me leía los versos que estaba componiendo en ese momento o me regalaba el último libro que acababa de publicar. Gracias a él, tuve la fortuna de frecuentar a algunos de los poetas más renombrados de la poesía española contemporánea, que formaban parte de los jurados de los premios año tras año, como José Hierro, Claudio Rodríguez, Ángel García López, Antonio Hernández, Jacinto López Gorgé y tantos otros.

Participé en la edición de varios de sus libros, como sus antologías *Al fuego de la vida* (La Palma, 1995) o *La ciudad de las redes azules* (Ayuntamiento de Talavera, 1998) y presenté en público otras obras suyas. Ello me dio la oportunidad de conocer mejor al poeta, pero también al hombre que se escondía detrás de los versos. Y el hombre no tuvo una vida fácil: desempeñó varios oficios y estudió bastante tarde en la Facultad de Filosofía y Letras; ya licenciado, tuvo que ejercer puestos en Oriente próximo o en Alemania, hasta conseguir por oposición una plaza de profesor de instituto en Madrid. En vez de quedarse ahí, continuó su actividad en varias escuelas de formación del profesorado hasta llegar a ser catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid. Eso forjó su carácter y también su poesía.

Todo ese deambular, su formación en la Facultad de Filología de la Complutense, incluso el servicio militar en Madrid, le permitió conocer a poetas de la talla de Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre, José Hierro, Claudio Rodríguez o Eladio Cabañero, entre otros muchos, de los que se consideraba amigo (especialmente de los últimos). Por supuesto, también a Rafael Morales, que fue su referente y amigo de toda la vida.

Por encima del poeta, siempre estaba detrás el amigo, capaz de aconsejarte en las situaciones más complicadas de la vida. Quien esto firma le debe muy buenos consejos, a él y a su esposa, en situaciones nada fáciles. Joaquín promocionó también todo lo que pudo a otros amigos, poetas de Talavera o de otros ámbitos que hoy le reconocen como maestro.

Joaquín hablaba de sí mismo como de un hombre que no había perdido la ingenuidad de la infancia, que era capaz de ilusionarse (y de enfadarse también) como un niño y que necesitaba y agradecía el equilibrio que le proporcionaba su esposa Françoise Ducos, siempre presente en su vida y en sus versos. La mujer por la que lo dejó todo para cuidarla hace algunos años, cuando cayó enferma. Fran, como la llamamos sus amigos, fue quien ideó el homenaje sorpresa en Talavera cuando el poeta cumplió 80 años.

Se nos ha ido el poeta, el ganador del premio Adonáis, el autor de tantos libros de poesía, casi todos recogidos en los dos volúmenes titulados *La experiencia de la memoria* (Calambur, 2010); se nos ha ido igualmente el profesor especializado en la Edad Media,

pero que escribió sobre tantos otros temas (desde Berceo a José Hierro, pasando por Jovellanos o Bécquer); pero especialmente, se me ha ido el amigo, sin apenas tiempo de despedirse, porque nadie esperaba esta marcha injusta y dolorosa tan pronto.

Me hubiera gustado desearle buen viaje a ese tiempo eterno de su infancia que se convirtió en tema preferente de sus versos, buen viaje sobre las aguas de su río, el padre Tajo, que rememoró una y otra vez en su poesía. Buen viaje de vuelta al vientre materno que era también su ciudad, una ciudad que ya solo existía en el recuerdo, pero de la que nunca se había del todo.

Querido Joaquín, te imagino de vuelta al lugar donde habitan ahora tus seres queridos, que seguramente te recibirán como cuando volviste con cinco años a Talavera en 1939 después de vivir fuera por la guerra. Te recibirán otra vez en la puerta con un beso y te volverán a preguntar, porque acaso se les habrá olvidado: “Cómo te llamas, hijo”. No te preocupes, el río volverá a responder por ti, y la casa donde ahora habites volverá a incendiarse con tu presencia, como la casilla de Camineros donde aquella vez de acogieron. Solo que ya no te irás nunca río abajo, porque te quedarás para siempre en sus aguas y en los versos que nos dejas.

Que teníamos que hablar de muchas cosas, compañero del alma, compañero.

Abraham Madroñal

Director de la Colección Melibea de Poesía



Abraham Madroñal y Joaquín Benito de Lucas en el fallo del premio de su nombre en Talavera, octubre de 2011.